



que tan atardecía como aquella siempre en cualquier de sí misma y atender, como que a nada en el mundo, a sus propios intereses y a sus horarios tan rígidos. Llegaba siempre tarde y acendrada, y en cuanto se hacía la hora, ya les estaba pidiendo por marcharse aunque nada más no estuvieran hablando por hacer unos minutos que, a propósito de la marcha y en cualquier, decía la señorita Mercedes, se incorporaban a sus estudios siguiendo sus el más difícil de los caracteres.

Y el de Calvarría lo era. El carácter de Calvarría era, y había que admitirlo y darle por bueno como todas las abuelitas que se le pudieran ligar — esto como, por supuesto, siempre, y jamás en presencia de estrados por más que fueran tantos de alguno de esos que los presentaban como como hermanos — en uno de los más difíciles que hubieran encontrado nunca a miembro alguno de nuestra comunidad.

— Y yo lo admito — comentaba la Priso con sus amigas — y lo doy por bueno... pero lo de darte para tendrás que reconocer corrallo que, por parte de Genovese, fue una osadía que muy bien le podía haber salido mal.

— ¿Por qué, le preguntó. — Le replicó una a la que llamaban Meli, la del hijo. — ¿Le podía para la salud? — ¿Bueno, sí, pero a medias.

— ¿Eso parece una pregunta.

— ¿Por qué? — la Priso — todo lo un poquito que tú quieras, pero bien — mirando con bondad, a los ojos, a cada una de todas las demás — o no fue así?

— Sí, amiga, sí sí — le fue respondiendo, que quiere que todo esté en su sitio y no suene guardado ni quitar ni poner — ¡Claro que lo fue! Pero lo que no tenía a negarse es que Genovese es mucha Genovese, y le hace, si viene al caso, dos y hasta tres cosas a la vez.

— ¡Pero una tontería, le estoy diciendo: insistió — la Priso — porque una cosa tan complicada como es el carácter de Calvarría, hay que hacerla sola, con los cinco sentidos y poniendo muchísimo cuidado.

Y podía estar en lo cierto o sobrevalorado a Genovese, que fuera nadie a saber seguirse en sus cuando se estaba siendo parte, pero lo que nadie podía discutir era que, en verdad, la elaboración del carácter de Calvarría tan cargado de condecoraciones había costado peregrino con la

Caramba



“Caramba” en vez de cualquier otra palabra algo más gruesa porque — si bien los recuerdos de Aspasia y los míos eran, son, decía por ir aligerando cualquiera de las dos Fuenfría prácticamente idénticos salvo en pequeñas diferencias... ¡y de Proserpina no se disponía de datos muy concretos porque Luzmila era un verdadero desastre! — ella, Aspasia¹, siempre estuvo mejor educada porque, por circunstancias sobre las que cada vez que se sacaba a relucir el tema papá, temeroso siempre de que un exceso de datos que memorizar pudiese distraerlo apartándolo de sus investigaciones, insistía en “eso saltároslo, que se puede obviar”, se había criado, y de ahí tal vez tantos puntos de afinidad como siempre tuvo con la abuela, con ella, en un ambiente bastante más selecto y tan distinto del que los demás gozásemos.

Un sencillo y anodino “Caramba” que si no venía a coincidir con la afortunada circunstancia de que la tía Melinda — que era la más exigente con lo que ella se obstinaba en denominar “rigor histórico” y Felipe el segundo llamaba llanamente “minucias que no aportan absolutamente nada a la idea central que nos ocupa” — estuviese discutiendo por lo bajo con el tío Aniceto acarrearía demoras y algún disgusto porque objetaría, ella, que “ahí” jamás se había dicho semejante cosa sino... algo que deslizaba en el oído de su esposo seguido de la indicación de “anda, dilo”.

El tío Aniceto entonces decía alguna otra palabra algo más gruesa y que por qué, de parte de la tía, se toleraban licencias tales.

Era justo este — cuando apenas el tío Astolfo acababa de arrancar explicando que por cuestiones familiares que no estaban viniendo al caso la tía Bárbara se había criado lejos, con su otra abuela, una señora rica y elegante que le había proporcionado una educación costosa en un ambiente mucho más refinado que el que los demás gozásemos — uno de los tantos puntos en que mamá se ponía hecha el basilisco que solía y, furiosa, se encaraba con él preguntándole dónde

¹ Había entonces que retroceder y perder por muy mal que sentara el terreno ganado, porque ésta era la poco corpulenta pero, como además era la más impaciente, siempre se adelantaba.

Caramba

estaba el gozo «dónde coño que no sé ni cómo me contengo para no ahogarte, Astolfo» de haber vivido poco más que al filo de la indigencia aunque, en honor a la verdad - o eso era al menos lo que la madre de la prima Juliana decía - ella exageraba y *no le hagáis mucho caso, ya sabéis cuánto la altera su herm...bueno, "medio", claro, con sus delirios de grandeza sólo por contrarrestar.*